



ATILA.

Año de Cristo 452.

EL imperio romano caminaba á su ruina. Roma, la metrópoli del universo, la orgullosa señora de todas las ciudades, el eje sobre que habia girado la historia de todos los pueblos por espacio de ocho siglos, Roma no era ya mas que el fantasma de sí misma, y sus habitantes no eran mas que los fantasmas de los antiguos romanos. Desde el dia en que el bárbaro Alarico acampó sus soldados en el recinto de la ciudad inmortal, desde aquel dia perdió Roma, á los ojos de las naciones, su aureola de victoria y su pres-

tigio de grandeza; desde aquel día Roma y el Imperio cesaron de existir.

Supérfluo fuera enumerar aquí las causas accidentales de la decadencia del Imperio de los Césares. La monarquía romana debía caer, porque todas las cosas que tienen un principio deben también tener un fin. Todo lo que Dios establece sobre la tierra lleva en sí, por el solo hecho de su creación, gérmenes de desarrollo y de muerte: los hombres, como las sociedades suben á la cima de una alta montaña, y en llegando á ella, es preciso bajar. Solo la religion no puede perecer, porque emana directamente de Dios, y existia desde la eternidad en su pensamiento.

Por lo demás, la caída del imperio romano concordaba maravillosamente bien con el establecimiento del cristianismo. Una religion nueva necesita sociedades nuevas. La corrupcion de los vencedores del mundo habia sembrado fatales semillas entre todos los pueblos vencidos; Dios dejó caer el imperio romano, y suscitó las invasiones de los bárbaros para castigar y regenerar á los hombres; en otro tiempo, y con otro objeto, habia suscitado el diluvio.

De todos los caudillos de aquellas hordas feroces, que, desde el fondo de los hielos y de las selvas septentrionales se precipitaron como un torrente asolador sobre las fértiles regiones del Mediodía, el que mas largos y terribles recuerdos dejó en el corazón de las naciones, fué Atila, apellidado el *Rayo de Dios*; Atila, que taló toda la Europa, incendió y arrasó mas de quinientas ciudades, y que blasonaba de que ya no podia crecer la yerba en los caminos por donde habia pasado su caballo.

Atila, hijo de Mandras, reinaba sobre pueblos de origen escita y que se habian establecido en la Panonia. Su elevacion empezó por un fratricidio: era el único señor de un pueblo que adoraba á la Divinidad bajo el símbolo de una espada, en el que los hijos se enfurecian al oír las proezas de sus padres, y los padres derramaban lágrimas de rabia cuando no podian seguir á sus hijos al combate. En pocos años estendió su dominio sobre todas las provincias de la Alemania y de la Rusia: los Vándalos, los Ostrogodos, los Gepidas contrataron alianza con él, y le proclamaron el monarca de los Bárbaros.

Los francos y una parte de las Galias tenian entonces por caudillo á Meroveo: el Imperio de Oriente, á Teodosio el jóven, el Imperio de Occidente, á Valentiniano III. Teodosio fué el primero contra quien dirigió Atila sus armas. Entró en sus estados por la Iliria, y pasó todas sus provincias á fuego y sangre, desde el Ponto Euximo hasta el mar Adriático. Teodosio levantó un ejército para oponerse á los destrozos de aquel formidable enemigo; pero en tres sangrientas batallas la victoria se declaró por los Bárbaros. Constantinopla no pudo salvarse sino merced á la altura de sus murallas y á la ignorancia de los compañeros de Atila en el arte de los sitios: Teodosio no obtuvo su retirada sino á fuerza de humillaciones, de tributos y de sacrificios.

Luego que salió de la Grecia y de los países orientales, condujo Atila sus tropas á las Galias, donde pareció que su sangriento astro iba á palidecer ante la naciente estrella de la monarquía francesa: Aecio y Meroveo le derrotaron en las llanuras de la Champaña. Precisado á retirarse, replegóse Atila lentamente sobre la Turingia, dejando en todas partes crueles rastros de su tránsito, como un leon perseguido por los cazadores, y que vuelve paso á paso á su caverna, luego cruzó los Alpes, y se precipitó sobre la Italia.

Una sola ciudad le resistió, Aquilea, tomada por asalto despues de un sitio de tres meses, sufrió en castigo de su generosa defensa el saqueo y el incendio. Padua, Verona, Pavía, Milan, temieron igual suerte y se sometieron: todos, en vez de atreverse á defender su patria, no pensaban mas que en abandonarla. El mismo Valentiniano, cediendo á sus terrores, huyó de Rávena, y se retiró á Roma con intencion de abdicar el poder. Propuso cobardemente al senado y al pueblo que abandonasen con él la Italia; pero no le permitieron seguir este proyecto pusilánime, y como no se le podia decidir á probar la suerte de las armas, le aconsejaron que tentase el recurso de las negociaciones.

El pontífice que ocupaba entonces la silla de San Pedro era Leon el Grande, grande en efecto por su piedad, por su celo contra la heregia, por su elocuencia y por su valor. Valentiniano le hizo llamar á su palacio:—Padre mio, le dijo, todos huyen y abandonan al emperador...; Ah! ¡el emperador se ha abandonado á sí mismo! ¿Qué resistencia hemos de poner á ese Atila, á ese bárbaro que acepta con orgullo el título de rayo de Dios? Si es cierto que en efecto Dios le ha suscitado contra los hombres en un momento de cólera, vos solo podeis contener y conjurar ese funesto enviado, vos á quien el Eterno ha colocado en medio de nosotros en un momento de bondad! La voz que echó por tierra la heregia de Eutiques, ¿no podrá calmar al furor de un bárbaro! Salidle, pues, al encuentro, y por todos los medios procurad aplacarle. Roma ha podido sobrevivir á la invasion de Alarico, ¿pero sobrevivirá á la invasion de Atila? ¡Oh! salvad al emperador y al pueblo! Padre mio, ¿no habeis dicho muchas veces *que en las calamidades públicas un buen pastor es el mejor recurso de su rebaño?*

—«Espero probar muy en breve la verdad de mis palabras, dijo San Leon á Valentiniano, y yo mismo iba á proponer á César el paso que acaba de mandarme que dé. Voy á salir al encuentro de ese feroz escita. ¡Adios, César! Nada temais por mi vida, que está en manos de Dios: Atila solo nada puede contra mí.»

Pocos instantes despues de esta conversacion, salió de Roma San Leon, acompañado solamente de Avieno, personaje consular, y de Trigenio, prefecto del pretorio. Encontraron á Atila los tres embajadores junto á Rávena, en el paso del Mincio. Por un contraste que hacia sentir cruelmente la diferencia de los tiempos y la humillacion de Roma, Atila estaba acampado en el solar que César

dió á Virgilio. Leon el Grande se adelantó hácia él. — «Gran rey, le dijo, el emperador y el pueblo romano, en otro tiempo vencedor del mundo como vos lo sois en el día, me envían á implorar vuestra clemencia. Sin sonrojarme lo hago, porque os imploro por la vida de mi rebaño, y soy el ministro del Dios que ensalza á los que se humillan; de ese Dios que protege al débil y con frecuencia abandona al orgulloso. No abuseis de vuestras fuerzas y del terror de este pueblo desgraciado: contentaos con haber visto al cabeza de la iglesia apostólica y al embajador de los romanos humillado ante vuestra presencia. De todos los sucesos que han ilustrado vuestra vida este es sin duda el mas memorable y glorioso!»

Mientras en estos términos hablaba San Leon, una espresion divina animaba su rostro. El rey de los Hunos admiraba con un asombro y una turbacion irresistible la serena magestad del Pontífice y la elocuente dulzura de sus palabras. De repente, segun el testimonio de varios autores sagrados, dos personajes celestiales (1) aparecieron encima de León el Grande, blandiendo sendas espadas de fuego, y señalando á Atila con ademán amenazador el norte de donde habia venido. El rey bárbaro quedó consternado. — «¡Oh tú quien quiera que seas, dijo á San Leon, hombre ó ángel, Roma é Italia te deberán su perdon. Anciano, mas has hecho tú en un instante y con unas pocas palabras de lo que hubieran podido hacer Valentiniano y el senado con todos sus ejércitos. Agradéceselo al Dios á quien sirves: Atila se reconoce vencido por ti y por él!»

En pocos dias se ajustó la paz: Atila volvió á pasar los Alpes, y se retiró á la Panonia, á las orillas del Danubio. Una mañana se le encontró muerto en su cama de resultas de una hemorragia.

La Iglesia ha consiguado en sus anales el recuerdo de esta maravillosa escena, y el divino pincel de Rafael la ha consagrado en uno de los frescos del Vaticano.

(1) San Pedro y San Pablo.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.

TOBIAS SE VUELVE CIEGO.

Pobre, ciego, y sin recursos se mantenía con el trabajo á que se entregaba Ana sin descanso.

Pero esta mujer, despues de ser buena y caritativa por espacio de tanto tiempo, no pudo sufrir la miseria en que se encontraba, y echó en cara á su marido que la habia arruinado con sus limosnas y sus viajes. El santo varon Tobías imploró al Señor, y le suplicó le quitase la vida, ya que servia de carga á sus parientes mas próximos.

Despues mandó llamar á su hijo, y le dijo:

«Hijo mio, escucha las últimas palabras de un padre que te ama con ternura y á quien vas á perder.

Cuando el Señor me llame á sí, cuida mi cadáver y dale sepultura.

Honra á tu madre mientras Dios te la conserve, y nunca olvides las penas y peligros que le ha costado tu nacimiento. Cuando muera, hazla piadosamente los últimos honores. Por lo que hace á tí, hijo mio, no dejes correr ni un solo dia sin pensar en el Señor. Jamás consientas en el pecado. Da limosnas, y parte tus bienes con los pobres; si tienes mucho da mucho; si tienes poco, da á lo menos de buena gana lo que poseas.

«Vela sobre tí, hijo mio, y desconfia de tu corazon: eres joven, y por espacio de mucho tiempo necesitarás consejos.

Elije bien á aquel de quien los recibas; consulta á un hombre sabio, y no hagas nada importante sin su parecer.

«Pero implora sobre todo las luces del Señor, y bendícele todos los dias de tu vida.

«Ahora, tengo que hacerte una recomendacion, y será la última; es relativa á tus intereses. Cuando aun estabas en la cuna presté diez talentos de plata á Gabelo, y me dió una obligacion que tengo en la mano. Creo que está en estado de poder pagarte esta suma, y así parte mientras que yo vivo, y procura terminar este asunto.»

El jóven Tobías escuchaba estas palabras con profundo dolor, porque no podia persuadirse que su padre iba á morir.

«Espero, le dijo, que me servireis aun por mucho tiempo de modelo y apoyo, y rogaré al cielo que no os arrebaté á mi ternura. En cuanto al viaje que me aconsejais emprenda, estoy dispuesto á hacerlo; mas no sé que camino tomar para ir á Ragés, donde vive Gabelo.

—Busca uno de nuestros hermanos, sabio, fiel y temeroso de Dios; él te conducirá á casa de Gabelo, y le pagaremos su trabajo.»

Apenas habia salido de la casa el joven Tobías para buscar el guia que necesitaba, cuando le salió al encuentro un hombre de aire dulce, sabio y modesto, que llevaba trage de camino y se hallaba dispuesto á ponerse en marcha.

Era el angel Rafael, enviado por el Señor para curar á Tobías de su ceguera, y que habia tomado esta forma humana á fin de ocultar mejor á los ojos de los hombres el secreto de su comision.

El joven Tobías le preguntó quien era.

—Soy uno de los hijos de Israel, respondió el ángel.

—¿Sabeis el camino que conduce al pais de los medas?

—Sin duda; he recorrido esos caminos muchas veces, y he vivido en casa de uno de vuestros hermanos llamado Gabelo, y que se halla establecido en Ragés.

—El encuentro es prodigioso, y precisamente sois el hombre que busco. Esperadme unos instantes, que voy á dar cuenta á mi padre de lo que acabais de manifestarme.»

Tobías corrió en busca de su padre, y el anciano le dijo que instase á aquel hombre á que entrase en su casa, en lo cual consintió el angel al momento.

«Mi hijo buscaba un guia para ir á Ragés; ¿podriais vos hacernos este servicio, y os pagaremos vuestro trabajo?

—De mil amores; confiadme vuestro hijo, yo lo llevaré sin peligro, y no le dejaré hasta despues que os le haya entregado.»

El cielo se alegró infinito al encontrar tan pronto un guia que le parecia muy apto para llenar su mision.

Hiciéronse los preparativos de la marcha, y despidiéndose el jóven Tobías de sus padres, siguió al angel que el Señor había enviado.

IV.

VIAJE DEL JOVEN TOBIAS. — SU MATRIMONIO.

Los dos viajeros marchaban rápidamente, y al fin de la primera jornada llegaron á las orillas del rio del Tigre, donde resolvieron pasar la noche.

Tobías tuvo ganas de bañarse en el rio, y apenas habia entrado en el agua cuando vió un pez monstruoso que se arrojaba á él para devorarle.

El pobre joven dirigió temblando sus miradas hácia su guia, y le dijo:

«Señor, venid á mí, socorredme, pues voy á morir.

— No temas nada, deja que ese pez se acerque á tí; cógele entonces por las agallas, y sácale sin temor á la orilla.»

Tobías se calmó, y siguiendo los consejos de su guia, pronto arrojó á sus plantas el pez espirando.

«Ahora, dijo el angel, ábrele, quítale el corazon, la hiel y el hígado, pues algun día os servirán para grandes curas.»

Lo demás del pescado lo aderezaron de modo que pudiera servirles de alimento el resto del viaje.

A la mañana siguiente llegaron á una poblacion llamada Ragés, pero no á aquella á la cual debian ir. Los dos viajeros se consultaron mutuamente acerca de donde debian albergarse, y el ángel dijo:

«Tú tienes aquí un pariente de la misma tribu que tú, que se llama Raguel, y solo tiene una hija llamada Sara. Como nunca ha tenido otros hijos, eres heredero legitimo de todos sus bienes. Es preciso que te cases con Sara, y así pídelas en matrimonio, pues no te negarán su mano.»

Los viajeros se trasladaron á casa de Raguel, virtuoso israelita, lleno de religion y de honradez. Reci-

bió á sus huéspedes con alegría aun sin saber su nombre; pero el jóven Tobías se parecia de tal manera á su padre, que Raguel lo conoció fácilmente.

Al momento dispuso un festin, y le invitó, lo mismo que á su compañero, á que tomase parte en él.

Tobías quedó encantado de la modestia, el aire dulce y piadoso de Sara; no olvidó, pues, el consejo del ángel, y pidió la joven en matrimonio.

«Eres hijo de un hombre virtuoso, dijo Raguel, y el ejemplo de su vida debe haber movido tu corazón. Ven, hija mia, y tú, Tobías, acércate, continuó juntando sus manos: que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob sea con vosotros, hijos míos! que os bendiga en el cielo como yo os bendigo en la tierra.

El festin preparado para el viajero fué el banquete de boda, y se concluyó con un cántico de accion de gracias al Señor.

FLORINDA.

Ladronzuela! ladronzuela! ladronzuela! Y el colegio de señoritas que arrojaba al aire palabras tan imprudentes y crueles, hacia círculo corriendo en derredor de una española que tendria once años, y que reía como sus compañeras, gritando como ellas: ladronzuela! ladronzuela! sin saber por qué motivo, hasta sin comprender el valor de estas vergonzosas palabras.

A despecho de las reprimendas de la directora del colegio, la cual habia ya castigado á algunas de sus discípulas, estas repetian sus expresiones de costumbre, especialmente en las horas de recreo. Florinda, la jóven española de quien ya hemos hablado, las prodigaba aun con mas entusiasmo que sus compañeras, y cuando sus lábios las articulaban, la alegre turba reía mas fuerte, saltaba mas, abria sus filas, corria hácia el jardín, y la dejaba sola entregada á sus reflexiones. De

qué nacia esto? ¿por qué esta dureza, que habria dado que pensar á una jóven de imaginacion menos ardiente que Florinda? Os lo diremos ahora mismo.

Nuestra jóven española, nacida en el seno de las tempestades que azotaban y aun azotan á nuestro pais, habia vivido hasta los seis años como vivian los israelitas cuando vagaban por el Egipto. El partido que habia abrazado su padre, antiguo espatriado, unas veces vencia y otras quedaba vencido: de aquí viajes perpetuos, de aquí tambien tormentos que alteraban visiblemente la salud de Florinda, pobre criatura que vivia sin cesar en medio de los gritos de la guerra y los ayes de los que sucumbian en aquella lucha obstinada. Empero los hombres se cansan de todo, hasta de los males que causan y las lágrimas que hacen verter al infortunio. Hubo en nuestro pais una corta suspension de armas, y D. Santiago Regoyo, padre de Florinda, llegó á Burdeos, donde quiso que su hija recibiera una buena educacion.

Florinda era morena, muy morena; una cabellera espesa y bien peinada coronaba su frente espaciosa y franca; sus ojos negros, adornados con cejas perfectamente arqueadas y sombreados con largas pestañas, tenian tal carácter de dominio, que podia decirse se encerraba una voluntad de hombre maduro en la cabeza de un niño. Su corazon palpitaba á una caricia, y nadie conservaba en su alma con mas religiosa gratitud el recuerdo de un beneficio. En esto revelaba Florinda su carácter español, noble y generoso: así es que cuando alguna de sus compañeras la ofendia, la linda granadina se preguntaba primero si habia merecido ser humillada, y luego que estaba segura de su inocencia, buscaba á la que la habia ofendido, y la decia con franqueza:

— Amiga, ¿en qué te he faltado? Si te he hecho algun daño, perdóname; pero si tú me lo has hecho á mí, es preciso que te arrepientas, que me pidas perdón á tu vez, y seremos tan amigas como siempre.

Esta conducta tan leal no gustaba á sus camaradas, porque las jóvenes que no son circunspectas se convierten en hipócritas y disimuladas, y la hipocresía, amables lectores, es orgullo, porque conduce á adornarse vanidosamente de cualidades que uno no posee; de suerte que Florinda, sin quererlo, se habia hecho el pagache, como se dice vulgarmente, del colegio, coligado contra su rectitud. Pobre niña que volvía á hallar en el asilo del estudio y la calma esa lucha asoladora que la obligára á abandonar su patria!

Si Florinda ofrecía un regalo, un dulce á una colegiala, ninguna hacia caso de su generosa oferta, y si jugaban á la *gallina ciega*, luego que la tocaba ponerse la benda fatal, la empujaban con rudeza, la pinchaban, la arañaban cruelmente, y la pobre niña todo lo sufría sin quejarse, sin verter una lágrima, si bien su corazón estaba lacerado y su vida era sumamente triste.

Cuando llegaba la noche ¿qué hacia la pobre niña sobre la almohada, en la cual se apoyaba una cabeza hecha un volcan? lloraba, se torcia las manos con desesperacion, y pedia á Dios que sus compañeras la volvieran ternura por ternura, que no rechazáran las caricias que las prodigaba todos los días, que la hiciesen, en fin, justicia, á ella que las quería con todo su corazón.

Pero todas las mañanas al entrar en la sala común, la amenazaban, y esta palabra terrible resonaba en su oído: ladronzuela! ladronzuela! ¿Pero por qué tenían sitiada sin cesar á Florinda con estas sílabas fatales? Escuchadme y lo sabreis.

Las compañeras de Florinda habian encontrado muchas veces en la mesita de escritorio de Florinda lápices, plumas, dedales, alfileres y otras cosas por el estilo. Cada una cogió lo que la pertenecía, y todas dieron cuenta á la directora del colegio; pero como esta, lejos de regañar á Florinda, cada día la quería mas, irritadas las colegialas, solo pensaban en abandonar aquella casa. Además, se nos habia olvidado deciros

que por motivos que ninguna acertaba, Florinda tenia un cuarto particular, mientras sus camaradas dormian en un dormitorio comun.

Celebrados los exámenes de fin de año, Florinda, sin favor, sin recomendacion de nadie, habia obtenido la mayor parte de los premios de su clase, y nada en su conducta revelaba el menor sentimiento de orgullo, pues temia ajar el amor propio de sus compañeras. Por el contrario, bajaba los ojos en su presencia como si quisiese pedirles perdon de una dicha tan imprevista; pero conservaba interiormente un sentimiento de tristeza indefinible que á nadie se escapaba, y que de vez en cuando salia al esterior como una voz largo tiempo comprimida.

Pronto llegó la gran solemnidad de la distribucion de los premios, y la vasta sala de estudio de la directora se llenó de gente adornada con elegancia, porque ese dia se componen las madres acordándose de la época en que ellas tambien se ocupaban en el trabajo, porque les parece que reviven en sus hijos, los cuales muestran con orgullo á las personas que tienen cerca.

Dada la señal, la música ejecuta una sinfonía, y luego calla: entonces la directora se adelanta con gravedad, dominando con la vista á la atenta reunion, á la cual va á dar cuenta de tantas esperanzas juveniles. Reina el mismo silencio que en un templo, y los corazones palpitan de emocion.

Al oir la lista de las premiadas, las colegialas aplauden con mayor ó menor entusiasmo, segun sus afectos de niño. Cinco veces nombran á Florinda, y otras tantas se acerca la joven española temblando, para recibir los libros y coronas que apenas podia llevar. Pero sea despecho, sea orgullo humillado, sus camaradas callaban, y aun hacian muecas, mientras resonaban los aplausos en toda la sala. El gran premio de pintura iba á proclamarse, y como se lo disputaban Florinda y Emilia de Remy, todos los votos de las clases eran á favor de la francesa, porque decian las colegialas que no

tenia rival en la pintura. Sin embargo, el nombre de Florinda resonó de nuevo, y la multitud aplaude mientras las colegialas murmuran. Florinda se adelanta tambaleándose; á cada paso que dá se debilita mas y mas, su rostro se pone pálido, sus ojos se llenan de lágrimas, y apenas puede respirar, hasta que al fin cae de rodillas, y esclama:

—Gracias, señora, gracias! yo no merezco este premio! Emilia es mas digna que yo. Gracias, gracias! yo no he pintado esa imagen que ha obtenido el premio, no he sido yo.....



Y pierde el conocimiento.

Todos la rodean y la prodigan los cuidados que exigia su situacion, mientras que las colegialas se miran sin decir una palabra, esperando el resultado de aque-

lla revelacion extraña. Luego que Florinda recobró el conocimiento, la dijo la directora:

—Sosiégate, hija mia, pues eres digna de recibir el premio de la pintura: si has obtenido los otros merced á un trabajo asiduo, la naturaleza ha secundado tu buen deseo en este.

En efecto, Florinda era somnámbula, y todas las noches se levantaba, bajaba la escalera, desaparecía y volvía á poco con las cosas que encontraba á mano. Luego que lo descubrió la directora, mandó que apenas se acostase Florinda, cerrasen las criadas la puerta de su cuarto para que no pudiera salir: entonces la somnámbula varió de ocupacion, y sin luz, dormida como estaba, corregía de noche el trabajo del día, habiendo pintado de este modo la imágen premiada cuyo diseño va al frente de esta narracion.

Cuando la directora esplicó todo esto, llevadas las co-lejialas de un sentimiento de justicia, pesarosas y arrepentidas, rodearon á Florinda, la abrazaron con cariño, la pidieron perdon de su injusticia, y la proclamaron *reina* del colegio. Despues la cogieron en brazos y la llevaron en triunfo al jardin.

Desde aquel dia dejó Florinda de ser somnámbula; desde aquel dia desapareció de su noble rostro la nerviosa tirantez que la hacía sufrir tanto, porque si hay emociones que matan, tambien las hay que curan los males del cuerpo y sanan las heridas del alma. El placer y la felicidad son tan buenos medicos!

LA BUENA HERMANA.

Dos niños de Navalcarnero, uno de ellos de diez años y el otro de nueve no cabales, abrigaban hacia mucho tiempo el deseo de ver á Madrid, esa gran poblacion de que tanto habian oido hablar, y en la cual se hallaba su hermana mayor sirviendo á un comerciante.

—Si reuniéramos los cuartos que nos dan el domin-

go, pronto tendríamos con que ir á Madrid, y entonces mi hermana Marcelina escribiría á madre para que no nos regañe.

Manuel aprueba la proposicion: durante seis semanas se ocupan en juntar el dinero que les daba su madre ó los ricos vecinos del pueblo en pago de algunos recados, y al cabo de este tiempo se encuentran con tres pesetas y veinte y dos cuartos, con cuyo capital tomaron el camino de Madrid una hermosa mañana.

A las veinte y cuatro horas habian andado tres leguas, y gastado los veinte y dos cuartos, y al segundo dia llegaban á Madrid con una peseta menos que hubieron de gastar en Alcorcon. Hélos aquí pues parándose delante de las tiendas, entrando en las iglesias, recorriendo las plazuelas, las calles, etc. El dia se pasa y apenas piensan en comer, tan grande es la admiracion que les causan todas las maravillas que encuentran á cada paso. — La noche viene, y entonces es cuando nuestros viajeros preguntan á los que pasan por la habitacion de su hermana Marcelina Cascajo; pero nadie conoce á la señora Marcelina, lo cual les sorprende muy mucho. Con el dinero que les quedaba Manuel compran pan, y los dos niños cenan bien tristemente sentados en una piedra; despues ambos se duermen, porque la fatiga les agobia.

Al rayar el dia se ponen en pié y de nuevo preguntan á todo el que encuentran por el domicilio de Marcelina, enfadándose contra los que se les rien en sus barbas. A eso de medio dia lloraba Antoñito porque tenia mucha hambre; pero con los últimos cuartos compró Manuel un panecillo, y logró consolarle. Sin embargo, luego que vió se acercaba la noche se apoderó de él la desesperacion de su hermano, y no sabia que hacerse cuando un comisario los encontró en la calle de los Reyes. Enterado de su desgracia los llevó por aquella noche á su casa; y como afortunadamente se acordase Manuel de que Marcelina debia vivir en la plazuela del Angel, envió á un agente de proteccion en

su busca, no tardando aquella en dirigirse á casa del comisario.

Cuando la joven vió á sus hermanos, rompió á llorar, mucho mas al oir al comisario estas palabras:

«Habeis procedido muy mal dando un disgusto á vuestra madre, y entregándoos á la vagancia... Ese primer paso podria llevaros á un mal camino si afortunadamente no estuviese yo aquí para contener vuestro espíritu aventurero, y castigar vuestra falta.»

Al oir estas palabras, pronunciadas con voz grave y campanuda, Antoñito dijo triste acento:

«Señor, no lo volveré á hacer; pero tenia un deseo tan grande de ver á Marcelina!»

La joven no pudo contenerse; abrazó con ternura á su hermanito, mientras Manuel se arrojaba á su cuello, y le dió un millon de besos. El comisario enternecido, abrazó tambien á los chicos, y cogiéndolos la joven de la mano, abandonó la comisaría para dirigirse con sus hermanitos á casa de su amo.

LOS LOBOS Y EL PERRO DE GANADO.

FÁBULA.

El valor sin la prudencia
Es un don muy peligroso;
Infeliz del que no sabe
A su brio poner coto!

Un perro valiente y fiel
Guardaba en un valle hondo
Una manada de ovejas
En compañía de un mozo.
Cierta noche que el pastor
A su perro dejó solo,
A la puerta del redil
Se dirigió astuto un lobo.
Apenas vé su cabeza
El perro, llamado Moro,
Listo en la brecha se pone,

Y sin ladrar, con enojo
Le embiste, en el pardo hocico
Le muerde con fiero encono,
Y le obliga á retirarse,
Molido y sangriento el rostro.

Media hora habria pasado
Cuando el perro vió de pronto
Brillar á cierta distancia
De su enemigo los ojos.
Mándabale la prudencia
No moverse; pero cómo
Habia de estarse quedo,
El orgullo al ver del otro?
Fuera de sí el vigilante,
Lanzando un gruñido sordo,
Contra el ladrón de las reses
Se precipita furioso.
Mas pobre rebaño! apenas
Libre queda el paso angosto,
Un lobezno ya crecido
Rompe en ahullidos de gozo.
Salta despues el redil,
Y en su horrible desahogo
Mata tres ó cuatro ovejas,
Y un borrego se echa al hombro.

Al oír aquel ruido,
De muerte signo notorio,
Hácia el redil vuelve el perro;
Mas, pobre de él! á muy poco
Su enemigo le da alcance,
Y con uñas de demonio
Se clava en él por detrás,
Destrozándole los lomos.
Tambien acude el lobezno
Abandonando su robo,
Y ase al perro de una oreja,
Arrastrándole hasta un hoyo.
Sin poderse defender,
Lleno de sangre y de lodo,
Allí espiró el imprudente
En presencia de los lobos,
Conociendo aunque muy tarde
Que es temerario y muy loco
El que moderar no quiere
En los combates su arrojo.

TENORIO.